

Henríquez Ureña: derivas hacia una lengua utópica

*Diego Bentivegna*¹

CONICET

Universidad Nacional de Tres de Febrero

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Resumen

En este trabajo nos detenemos en las proyecciones de lo que puede pensarse como una “lengua utópica” en Pedro Henríquez Ureña. Para ello, consideramos una serie de escritos del autor dominicano publicados a partir de inicios de los años veinte y de su llegada a la Argentina, cuando se produce lo que se considera un “giro lingüístico” y “filológico” en su producción. Nuestra postura es que la “lengua utópica” tal como se proyecta en Henríquez Ureña se concibe como un objeto abierto y múltiple, en consonancia con el proyecto filológico que se plasma en el manual inconcluso que elabora con Amado Alonso y que publica solo en parte en 1930. Asimismo, teniendo en cuenta el lugar de los proyectos intelectuales en la construcción de hegemonías lingüísticas como instancia conflictiva y abierta, ponemos en relación las proyecciones lingüísticas utópicas de Henríquez Ureña y otros proyectos contemporáneos (Fernando Ortiz en Cuba, Leopoldo Lugones en la Argentina, el círculo español de Ramón Menéndez Pidal, la semántica histórica de Leo Spitzer),

¹ Para correspondencia, dirigirse a: Diego Bentivegna (diegobentivegna@gmail.com), PELCC - UNTREF, Maipú 71, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. C1084ABA. ORCID iD: 0000-0002-6315-1768.

con énfasis sobre todo las tensiones y las disputas por aquello que se considera una filología americana legítima.

Palabras clave: filología latinoamericana; utopía; glotopolítica histórica

HENRÍQUEZ UREÑA: DRIFTS TOWARDS A UTOPIAN LANGUAGE

Abstract

In this work we stop at the projections of what can be thought of as a “utopian language” in Pedro Henríquez Ureña. To do this, we consider a series of writings by the Dominican author published from the beginning of the 1920s and his arrival in Argentina, when what is considered a “linguistic” and “philological turn” occurred in the production of he. Our position is that the “utopian language” as projected in Henríquez Ureña is conceived as an open and multiple object, in line with the philological project that is reflected in the unfinished manual that he prepared with Amado Alonso and that he published only in part in 1930. Likewise, taking into account the place of intellectual projects in the construction of linguistic hegemonies as a conflictive and open instance, we relate the utopian linguistic projections of Henríquez Ureña and other contemporary projects (Fernando Ortiz in Cuba, Leopoldo Lugones in Argentina, the Spanish circle of Ramón Menéndez Pidal, the historical semantics of Leo Spitzer), with emphasis above all on the tensions and disputes over what is considered a legitimate American philology.

Keywords: Latin American philology; utopia; historical glottopolitics

Recibido: 18/12/23

Aceptado: 28/03/24

“Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal”.
Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928)

1. INTRODUCCIÓN

En la tradición escolar argentina, el nombre de Pedro Henríquez Ureña se encuentra a menudo ligado a otro: el de Amado Alonso, el lingüista y crítico español que dirigió durante veinte años el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, y a la *Gramática castellana*, cuyos dos volúmenes ambos firmaron en 1938 y 1939². Esa *Gramática* constituye tal vez el momento más alto en la articulación entre estudios lingüísticos, didáctica y voluntad de intervención sobre la lengua culta en Argentina. Elvira Arnoux (2001) habla, en relación a ella, de un vasto y efectivo ejercicio de ordenamiento de lo social a través de instrumentos provistos por la lingüística y por los estudios gramaticales de la época, en gran parte introducidos y adaptados en ámbito de lengua española por la acción sostenida del propio Alonso y de su grupo discipular del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.

Es una operación en que algunos miembros de ese grupo filológico de Buenos Aires, como Ángel Rosenblat o Raimundo Lida, nacidos ambos en el archipiélago judío de la Europa centro-oriental, jugarán un rol prominente como traductores (por su familiaridad con la lengua alemana) y como articuladores culturales a través no solo del ejercicio estrictamente académico, sino también mediante conferencias y artículos en la prensa escrita no destinados a un público de especialistas. En este marco, una intervención orgánica como la que implica la *Gramática* representa un momento especialmente intenso del “giro lingüístico” con el que se ha caracterizado la larga estadía en la Argentina de Henríquez Ureña, entre 1924 y su muerte en 1946.

² Para el período argentino del dominicano, *cf*: Pedro Luis Barcia (2006).

2.

Si bien en los años anteriores, en Estados Unidos y en México, Henríquez Ureña había publicado algunas reflexiones que tomaban como eje la cuestión de la lengua castellana en América, es en los años argentinos, que son los años de cercanía con el Instituto de Filología y sus redes culturales no estrictamente académicas (la revista *Sur*, el diario *La Nación*, la revista *Cursos y Conferencias*), cuando el dominicano lleva a término y publica sus principales estudios dedicados al problema del lenguaje.

Para comprender el lugar que las intervenciones sobre la lengua asumen en los años argentinos de Henríquez Ureña, hay que recordar que es el período de institucionalización de los estudios lingüísticos y filológicos en nuestro país, a partir de la fundación del Instituto de Filología en 1923, gracias a las gestiones de Ricardo Rojas ante Menéndez Pidal³. En 1931 comienza a funcionar la Academia Argentina de Letras, una institución tardía si se la compara con otras similares del mundo hispanoparlante. Son también los años en que se producen intensas disputas en torno al estatuto de la lengua en la Argentina, en la que participan escritores e intelectuales de diferentes generaciones. Son debates que atraviesan el campo intelectual argentino y que se plasman con fuerza, pero sobre todo con eficacia, en la respuesta de Jorge Luis Borges (1960) a Américo Castro en 1941 a aquello que éste, primer director del Instituto de Filología, había llamado, con un manifiesto carácter impugnatorio, “la peculiaridad lingüística rioplatense”⁴.

En una breve revisión crítica del bosquejo histórico de filología hispanoamericana de Guillermo Guitarte (1965), Emilio Carilla (1988) señalaba que sería justo reconocer al Instituto de Filología como el Instituto no solo “de” Amado Alonso, sino también “de” Pedro Henríquez Ureña. Carilla señalaba, además, que en el dominicano no operaba tan solo el estímulo de los estudios filológicos emprendidos en España por Menéndez Pidal y el Centro de Estudios Históricos, sino también una “escuela americana”, una tradición dispersa pero que se articula en algunos nombres (para Carilla, sobre todo, en Rufino José Cuervo, pero también en Andrés Bello y en Rodolfo Lenz).

³ Para la historia del Instituto de Filología y la acción en su marco de Amado Alonso, ver Arnoux (2001), Toscano y García (2009) y Bentivegna (2011), entre otros.

⁴ El texto fue publicado originalmente en la revista *Sur*.

Creo que, mejor que como parte de una escuela americana, es más estimulante pensar a Henríquez Ureña en lo que Daniel Link viene caracterizando en sus trabajos como una “filología novomundana” (Link 2015). En todo caso, la proyección política que está en la base del “giro lingüístico” de Henríquez Ureña, aun cuando participa de manera explícita en el paradigma hispanista (en sus escritos es frecuente la exaltación del castellano como factor fundamental de lo que, martianamente, llama “nuestra América” y de su articulación histórica con España), percibe las tensiones entre una lengua que es, al mismo tiempo, *propia* y *ajena*. Adelantémonos: es algo que el dominicano despliega, más que en los artículos estrictamente académicos, en otra forma de intervención crítica –el ensayo– y que algunos de sus herederos retomarán también en ese plano genérico. Lo hará, por ejemplo, el cubano Juan Marinello –que escribió importantes textos sobre José Martí y que con los años jugará un rol decisivo en las políticas universitarias de la Revolución Cubana–; en *Americanismo y cubanismo literario*, de 1932, afirmará que “somos a través de un idioma que es nuestro siendo extranjero”⁵.

La cuestión está presente en la reflexión de uno de los amigos argentinos más cercanos al dominicano: Ezequiel Martínez Estrada, en *Radiografía de la pampa* y en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*⁶. Se percibe en estos planteos, a partir de algunas cuestiones que parten de Henríquez Ureña, “la otredad inicial del lenguaje” como problema latinoamericano (González Echavarría 2004: 68), una lengua habitada por alteridades que se inscriben, sobre todo para Henríquez Ureña, en la serie de las lenguas indígenas americanas, a las que otorga un espacio mucho mayor que a la presencia africana o a la presencia de las lenguas inmigratorias, a las que sin embargo, el dominicano no es del todo indiferente en sus escritos filológicos.

3.

Por supuesto, la cuestión de la lengua había sido planteada, de una manera u otra, y en algunos casos de modo directo, por Henríquez Ureña en sus

⁵ Cit. en Roberto González Echavarría (2004: 68).

⁶ Para las relaciones entre Henríquez Ureña y Ezequiel Martínez Estrada, cfr. Liliana Weinberg (2015).

escritos anteriores a la estadía definitiva en la Argentina. Me refiero solo a dos, que ponen el acento en lo que en este punto me interesa más fuertemente: la relación entre la lengua y lo político. Recuerdo, por un lado, un texto juvenil de Henríquez Ureña. Se trata de un artículo incluido en el volumen *Ensayos críticos* (1905) y dedicado a un escrito que, en ese momento, era crucial para los jóvenes de la generación a la que el dominicano pertenece: el *Ariel*, de José Enrique Rodó.

Tócanos reivindicar el crédito, que tanto hemos contribuido a minorar, de la familia española. De hecho, la importancia de nuestro idioma no se toma en cuenta ni aun en Francia; y en el mundo anglosajón principia a generalizarse la idea de que *el castellano está moribundo*⁷. Para el joven Henríquez Ureña, que no está lejos tampoco de los planteos que entonces lanzaba Rubén Darío, se trata de conjurar la visión de “nuestra América” (la acuñación martiana que el dominicano usará con profusión en las diferentes etapas de su obra) como continente *enfermo*. Las “inclitas razas ubérrimas”, la “sangre de Hispania fecunda” que Darío invocará en ese mismo año, 1905, en el Ateneo de Madrid, en uno de los poemas que señalan un momento innovador de una poética que ya no podrá nombrarse meramente como “modernista”⁸, se plasman en unidad para Henríquez Ureña por la comunidad de “espíritu” y de “lengua”⁹. Es, al mismo tiempo, un proyecto que enfatiza algo del orden de la potencia: una política de la “potencialidad desconocida de nuestra compleja constitución sociótica, el porvenir aparece rico de potencias efectivas” (Henríquez Ureña 1960: 28).

El segundo texto en el que me detengo se titula “La lengua de Santo Domingo”; fue publicado en la *Revista de Libros* en 1919. Es un escrito breve, considerado el primero de los estrictamente lingüísticos de Henríquez Ureña, que anticipa trabajos mayores sobre el castellano de su país y que nos interesa sobre todo por su dimensión polémica. Ante todo, es una corrección por parte del joven dominicano a uno de los grandes lingüistas de su época, el suizo Wilhelm Meyer-Lübke, profesor en la Universidad de Viena, cuya *Introducción a la filología románica* (de 1901) había sido traducida por Américo Castro en 1914. En su estudio, Meyer-Lübke había enmarcado a la lengua de Santo Domingo entre las lenguas “criollas”, producto del contacto entre el castellano, las variedades indígenas y las lenguas africanas, como

⁷ Cito por P. Henríquez Ureña (1960: 28).

⁸ “Salutación del optimista”, en Rubén Darío (1905: 17).

⁹ Algunas reflexiones sobre el lugar de Henríquez Ureña en los debates filológicos americanos de las que somos deudores pueden encontrarse en Rafael Mondragón (2010), Daniel Link (2015) y Juan Valdez (2018).

sucedía con otras hablas caribeñas, como el *creole* de Haití o el *papiamento* de las Antillas holandesas. Henríquez Ureña, en cambio, enfatiza cómo el castellano de la República Dominicana, tanto en su vertiente popular como en la culta, se encuentra mucho más cerca del castellano de España que el de otros países americanos¹⁰. Son hipótesis fuertemente políticas –que es seguramente lo más vivo de estos planteos lingüísticos iniciales de Henríquez Ureña– que serán retomadas más tarde, ya en la Argentina, en el volumen *El español en Santo Domingo*, de 1940, una de las publicaciones de la Biblioteca de Dialectología del Instituto de Filología, la colección diseñada por Amado Alonso que fue una de las piezas fundamentales de su dispositivo filológico hispanista que, con la anuencia de Menéndez Pidal, se pone en marcha desde Buenos Aires.

4.

Con todo, aún antes de su instalación en la Argentina, ya operaba en Henríquez Ureña una concepción de lo lingüístico atenta a la diversidad y a lo heterogéneo que luego se plasmará en su idea de utopía de América. Como esa utopía, escribe Henríquez Ureña en un artículo de 1921 (es decir, estrictamente contemporáneo del dedicado al español en América) publicado en la revista *Repertorio Americano* de Costa Rica que defiende el trabajo de Menéndez Pidal y del Centro de Estudios Históricos de Madrid, la filología estudia los fenómenos del lenguaje y se interesa en todas sus variaciones, mientras que la gramática aspira a someterlo a reglas, necesariamente estrechas y hasta un tanto artificiales, porque representan la codificación de los hábitos lingüísticos de las clases cultas en la región o ciudad dominante: la Ile-de-France o París, para el francés; Castilla la Nueva o ayer Toledo o Madrid después, para el español. La gramática puede condenar el regionalismo de Santander o de Murcia, de Tucumán o de Veracruz, y hasta el vulgarismo de Madrid o de Alcalá; pero a la filología le interesan todos, tanto como las formas sancionadas por los escritores de Castilla (Henríquez Ureña 2003: 58).

¹⁰ Cfr. P. Henríquez Ureña (2003), Para los debates sobre el criollismo y las lenguas criollas en ámbito de la filología americana del siglo XIX y la primera mitad del XX, ver Juan Antonio Ennis y Stefan Pfänder (2010).

La filología se detiene en la variedad, en la diversidad, en lo heterogéneo. Es algo que algunas propuestas más cercanas en el tiempo siguen escuchando. Dice, por ejemplo, Werner Hamacher en la segunda de sus *95 tesis sobre la Filología*: “No hay un lenguaje sino una multiplicidad estable. La relación que mantienen estos múltiples lenguajes en cada lenguaje particular y que cada lenguaje particular mantiene con los demás es la filología” (Hamacher 2011: 9). La filología se mueve en el plano de lo irreductible y es, por ello, como podemos leer en la serie de los *Cuadernos de la Cárcel* de Gramsci, redactados en los mismos años en que Henríquez Ureña participa del campo filológico argentino, donde el pensador sardo sostiene el proyecto de una “filología viviente”, que se plasma en esos mismos escritos carcelarios¹¹. Es una filología que habita el espacio propicio de los cuadernos gramscianos, en el de lo no acabado, de lo proyectual, de lo provisorio. En este punto, resulta significativo que, además del que se plasma en la *Gramática*, exista entre Henríquez Ureña y Amado Alonso un segundo proyecto pedagógico: un “manual filológico elemental” del que se publican solo algunos fragmentos en la revista *Humanidades* de La Plata, en 1930.

5.

En ese texto del que conocemos solo ese fragmento platense, Henríquez Ureña sostiene varias cuestiones que me parecen importantes para pensar las implicancias políticas de lo filológico y las tensiones con el proyecto gramatical. Retomo solo tres.

- 1) “La gramática normativa procura que el idioma oficial, la lengua común, se ajuste a una norma ideal, la norma de ‘corrección’ de ‘cultura’: este idioma culto se apoya en la tradición y es el que usan los escritores de fama y las clases dominantes, en el orden político

¹¹ La expresión “filología viviente” es usada por Gramsci concretamente en el Cuaderno 11, párrafo 25, accesible en <https://quadernidelcarcere.wordpress.com/2014/11/02/riduzione-della-filosofia-della-praxis-a-una-sociologia/>. El texto reproduce el de la edición crítica integral de los Cuadernos, a cargo de Valentino Gerratana, publicada por la editorial Einaudi de Turín en 1975. Esa edición fue editada en castellano por la editorial Era de México en 1981 (Gramsci, 1981). El Cuaderno 11 está datado en los años 1932 y 1933, los años en que Henríquez Ureña se desempeñaba en el Instituto de Filología de Buenos Aires y en los que regresa por un tiempo a su país para ejercer cargos administrativos en el ámbito de la educación pública.

y económico, de la sociedad; la lingüística y la filología recogen metódicamente todos los hechos, por contrarios que parezcan a la norma culta” (Henríquez Ureña “El lenguaje” 2003: 111).

2) “Las lenguas son centenares. Los dialectos no tienen cuenta, y cosa más grave, ni siquiera tienen límites definidos.” (idem).

3) “Al dar los primeros pasos en la ciencia del lenguaje, después de haber atravesado las normas rígidas de la gramática, el esfuerzo principal es acostumbrarse a la idea de que el lenguaje es fenómeno de perpetua evolución, en perpetuo flujo y mudanza: ‘no es obra sino actividad’” (Henríquez Ureña 2003: 114).

En el que es considerado como el escrito crítico capital de Henríquez Ureña, los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, publicado en Buenos Aires en 1928, la cuestión de la lengua vuelve a plantearse en términos de una lengua que es nuestra y es, al mismo tiempo, lengua del otro. Escribe Henríquez Ureña: “En literatura, el problema es complejo, es doble: el poeta, el escritor, se expresa en idioma recibido de España” (Henríquez Ureña 2000: 277).

Hemos recorrido algunos ecos de esa afirmación del dominicano. En todo caso, ese “idioma recibido” –una idea que, veíamos, se retoma en Marinello y en Martínez Estrada– es objeto, en los años argentinos, de una serie de reflexiones y de intervenciones, que remiten a un plano estrictamente filológico, relacionado con las discusiones científicas en torno al estatuto del castellano americano de la época, pero que se inscriben también en el espacio crítico y pedagógico, donde el problema asume una relevancia estrictamente glotopolítica¹², que se manifiesta incluso en alguno de los títulos, como “El idioma español y la historia política en Santo Domingo”, de 1937.

Así, si en la serie de escritos sobre el español de América iniciada en 1921 en la *Revista de Filología Hispánica de Madrid*, serie que confluye en el volumen editado por el Instituto de Filología de Buenos Aires en 1932 titulado *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América*, el dominicano insiste en el carácter no reductivamente andaluz sino íntegramente castellano del español de América, en los años treinta pondrá el acento en ensayos más bien de carácter monográfico en los que trabaja los modos en que las lenguas americanas autóctonas operan, sobre todo en el plano léxico, en el idioma compartido de las naciones de Hispanoamérica.

¹² Para una definición del espacio de reflexión glotopolítico, ver entre otros Elvira Arnoux (2000) y José del Valle (2015).

6.

Es sintomático que una porción no desdeñable de los escritos de Henríquez Ureña de los treinta sobre la persistencia del léxico de las lenguas americanas se publique en medios no especializados; gran parte de ellos (no todos, por supuesto) aparecen en el diario *La Nación*. Precisamente, es en las páginas del diario de los Mitre donde, a comienzos de la década de 1920 -cuando Henríquez Ureña iniciaba su larga estación argentina- Leopoldo Lugones, por entonces uno de los intelectuales más reconocidos (y polémicos) del país y una suerte de poeta nacional, comienza a publicar una serie de escritos de carácter etimológico sobre el castellano americano.

No es necesario abundar en ese lugar prominente que ocupaba Lugones en el campo literario argentino de los años veinte. Baste pensar, sin ir más lejos, en el número considerable de fragmentos poéticos de Lugones que el propio Henríquez Ureña incluye en *El libro del idioma* (editado por primera vez por la editorial Kapelusz de Buenos Aires en 1928 –el mismo año en que ven la luz los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*– y con numerosas reediciones a lo largo de los años), que publica junto con Narciso Binayán y que antecede en varios años la intervención orgánica sobre la lengua plasmada en la *Gramática* de 1939.

En otro lugar tratamos de pensar el proyecto lingüístico de Lugones como eminentemente *inmunitario*¹³: se trata de “saquear” desde la periferia sudamericana la producción filológica europea para hallar supuestos antecedentes griegos y, sobre todo, arábigos, que permitan conjurar la presencia del léxico indígena en el castellano americano para remitirlo a dos grandes tradiciones culturales, una aria y otra semita¹⁴, de las que la cultura americana formaría parte en lo más profundo de sus entrañas: en esa zona no pensada, en esa pura herencia de las generaciones pasadas que es la lengua. En un punto, el proyecto de Lugones se toca con el de Juan Ignacio De Armas en sus *Orijenes del lenguaje criollo*: dibuja una parábola al mismo tiempo menor (que produce el rechazo de la filología institucionalizada, de Cuervo a Amado Alonso) e inmunológico, que intenta preservar el castellano americano de “contaminaciones” con lenguas y variedades indígenas no prestigiadas.

¹³ Para una reflexión sobre lo inmunitario en el marco más amplio de una mirada biopolítica, ver sobre todo Roberto Esposito (2005). Hemos explorado una revista inmunológica sobre la etimología de Lugones en Bentivegna (2019).

¹⁴ Para la relevancia de estas dos familias en el desarrollo de los estudios del lenguaje entre los siglos XVII y XX, *cf.* Maurice Olender (2015).

Es un proyecto que Lugones había empezado a tramar en las páginas de un ensayo fundacional para la crítica argentina, *El payador*, de 1916, y que confluirá en los años treinta en un obra monumental y excesiva, tal vez inconcebible ya entonces como el proyecto de una sola persona, sin una formación lingüística y filológica específica: el *Diccionario etimológico del castellano usual*, que no puede sino pensarse como un proyecto que evidencia su condición glotopolítica, que se empieza a publicar en 1931, años de dictadura, en una revista sostenida por el Estado y con capacidad de llegada: *El monitor de la educación común*, publicada por el Ministerio de Educación.

Las contribuciones de Henríquez Ureña –un poco como las que Ricardo Rojas había puesto en marcha en las páginas de *Eurindia*, también publicadas originalmente en *La Nación*, pero entre 1923 y 1924– pueden leerse como una sobria corrección de los excesos lugonianos, que veía antecedentes griegos y árabes en voces claramente de raíz indígena, como *aje* o como *papa*, a las que el dominicano dedicará sendos artículos.

7.

En los mismos años en que Lugones se concentra en su inmunitario *Diccionario etimológico*, Henríquez Ureña asume el proyecto de un *Diccionario histórico de los indigenismos americanos* que, como el proyecto etimológico del escritor cordobés, queda en estado de esbozo (*Para la historia de los indigenismos*, publicados por el Instituto de Filología de Buenos Aires en 1938). Es otro resto, otro efecto de archivo, como la introducción didáctica a la filología que el dominicano nunca termina pero que podemos leer en la dispersión de sus intervenciones. Nos encontramos en esos años treinta con el proyecto de elaboración de un instrumento que la Real Academia, en esos mismos años, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, estaba llevando adelante: el proyecto de un *Diccionario Histórico del Español*, que comienza a publicarse en 1933 y que quedará, también, como el Lugones y el de Henríquez Ureña, en proyecto trunco (el último tomo que se publica de la obra, el segundo, de 1936, año del comienzo de la guerra civil, corresponde a entradas hasta la voz “cevilla”). Henríquez Ureña es especialmente crítico con ese *Diccionario* hispánico o, mejor, *hispanista*. De hecho, la compilación de sus artículos sobre algunas voces de matriz indígena de 1938 concluye con una nota en la que se señala la incapacidad de escucha de la Real Academia para introducir cambios en

la mirada que proyecta desde el *Diccionario histórico* hacia la lengua de América. Enfatizamos la tensión entre ambos títulos, entre lo *etimológico* en Lugones y lo *histórico* en Henríquez Ureña. Detengámonos para ello en un caso concreto que evidencia, según entiendo, las tensiones etimológicas en las que Henríquez Ureña participa y sus alcances políticos. En el artículo “Palabras antillanas”, incluido en *Para la historia de los indigenismos*, Henríquez Ureña revisa, entre muchos otros términos, la etimología de *ají*.

Una de las autoridades que el *Diccionario* [de la Real Academia Española] cita, Las Casas, explica lo que es el *ají*: “aquella pimienta que en lengua desta isla se llama axí”; la isla es Santo Domingo, donde Las Casas escribió su *Historia de las Indias* (como Oviedo la suya), pero el *Diccionario* no lo aclara. *Ají* aparece en el Diario del viaje de Colón, 15 de enero de 1493, y en la carta del doctor Álvarez Chanca (1493-94). Las hipótesis sobre el origen africano o sobre el origen árabe son, pues, absurdas. Hay datos sobre la palabra en Lenz, *Diccionario etimológico*. Se supone que de *ají* deriva *ajiaco* (v. Pichardo); es seguro que se derivan *ajicero* y *ajizal* (Henríquez Ureña en “Palabras antillanas” 1976: 224-5).

Ají es justamente una de las voces en las que el cubano Fernando Ortiz pone énfasis en sus escritos sobre léxico afrocubano. Lo hace en el *Catauro de cubanismos*, que había publicado originalmente entre 1921 y 1922 en la *Revista Bimestre Cubana*, pero, sobre todo, lo retoma en sus escritos posteriores, en los años treinta y cuarenta, en los que elabora el concepto de *transculturación*, que, como es sabido, se plasma en *El contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. El *ají* es uno de los componentes del *ajiaco*, el término, y la práctica culinaria, que para Ortiz sintetiza el rasgo transculturado arquetípico de la cultura cubana. Leemos en uno de los textos capitales de Ortiz, “Los factores humanos de la cubanidad”, de 1940 (el mismo año del *Contrapunteo*). Por su nombre mismo, el *ajiaco* es un *ajiaco* lingüístico: de una planta solanácea indocubana, de una raíz africana negroafricana y de una castellana desinencia que le da un tonillo despectivo al vocablo, muy propio de un conquistador para un guiso colonial (Ortiz 2002: 84).

Como se desprende, sin demasiado esfuerzo interpretativo, del fragmento citado, en Ortiz la etimología se articula directamente con un proyecto cultural y político, que repone al mismo tiempo el lugar de lo africano como raíz y lo tensiona con lo colonial, como una desinencia que es, al mismo tiempo, una acción de violencia lingüística. Lugones, por su parte, había retomado la cuestión etimológica asociada con el término *ají* en la primera de sus intervenciones etimológicas publicadas en *La Nación*, en este caso del 14 de enero de 1923, casi al mismo tiempo que el *Catauro* de Ortiz y cuando Henríquez Ureña se estaba instalando en la Argentina: “Voces americanas de

antecedencia griega, I”. En la posterior entrada del *Diccionario etimológico*, Lugones insiste en el “antecedente” clásico, grecolatino, del término, en cuya etimología concurriría a su vez una apropiación arábiga: “*Ají* procede, pue, de los lats. *allium*: ajo, y *acidus*: ácido, picante, por caída de los sufijos *um*, *us*, y regreso consiguiente al original gr. *akis*, espina, punta, picante” (Lugones 1944: 154)¹⁵.

Frente a planteos como los de Ortiz o de Lugones, polemizando implícitamente con ellos, reponer la condición indígena de los términos era, para Henríquez Ureña, revisar la historia de la palabra, de sus desplazamientos semánticos y de las operaciones de apropiación, y a su vez de las disputas que esas operaciones explicitan. “Cada idioma lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos” (Henríquez Ureña 2000: 278), afirma el dominicano en una conferencia de 1933, celebrada en La Plata, como parte de los festejos por el 12 de octubre. Henríquez Ureña acudía a los documentos, revisaba el archivo, no para fijar un sentido último, originario, como aparece en la etimología fantástica –y en este sentido también fuertemente política– de Lugones, sino para reponer una historia como *problema*. En ese énfasis en la condición histórica –y al mismo tiempo, utópica– de los términos radica el elemento político de la reflexión *filológica* sobre el lenguaje de Henríquez Ureña, que puede leerse de manera solidaria con la *semántica histórica* tal como era postulada en esos mismos años por alguien que, como el dominicano, era también un desplazado intelectual y por supuesto político: el austríaco Leo Spitzer.

8.

En la obra de Spitzer –formado en la escuela filológica vienesa precisamente con Meyer-Lübke, en disputa con quien, como vimos, se inicia el viaje por el lenguaje de Henríquez Ureña– se configura en esos años una visión comparatística de la literatura y de las tradiciones culturales¹⁶. Como

¹⁵ El artículo fue publicado originalmente en el número 733-735 de *El monitor de la Educación Común*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, enero-marzo de 1934: 6-31.

¹⁶ Cfr. Emily Apter (2006). Una aproximación crítica de Spitzer a su maestro Meyer-Lübke y su método puede hallarse en el ensayo que da nombre al volumen *Lingüística e historia literaria* (Spitzer 1955).

Henríquez Ureña, Spitzer polemizará con Meyer-Lübke, por ejemplo, en un texto fundamental para entender los desarrollos de la estilística del siglo XX como “Lingüística e historia literaria”, que será traducido al castellano en 1955 en el libro homónimo publicado a iniciativa de Dámaso Alonso por Gredos en Madrid y cuya traducción francesa, firmada nada menos que por Michel Foucault, deberá esperar hasta 1970. En todo caso, frente a las concepciones de los neogramáticos y frente a la lingüística que surge de la visión parcial de Saussure plasmada en el *Cours*, Spitzer interrogará los objetos del lenguaje como objetos históricos y culturales.

La estilística es una pregunta al mismo tiempo sobre el lenguaje, sobre lo que se entiende como literario y sobre la subjetividad. Asimismo, la filología es, para Spitzer, un canon de interpretación, particularmente atento a las dimensiones subjetivas inscriptas en las textualidades literarias, un proyecto con el que confluye también el de Henríquez Ureña. Sin embargo, en la última etapa de su vida, cuando Spitzer reside en Estados Unidos, su interés se va desplazando de la estilística hacia otras perspectivas, que ponen el acento más en la estructura (en la *Gestalt*, que es el término al que recurre el austriaco) que, a la experiencia subjetiva, a la *Erlebnis*, término que Ortega y Gasset traduce al castellano como “vivencia”. Como afirma el propio Spitzer en un texto tardío, “Sviluppo di un metodo”, pronunciado en italiano en la Universidad de Roma el 23 de mayo de 1960, cuatro meses antes de su muerte en Forte dei Marmi, se trata sobre todo de un desplazamiento *de objeto*. Polemizando con Pasolini y otros jóvenes críticos italianos de entonces, que veían en Spitzer un “campeón del decadentismo europeo”, el crítico vienés insiste en sus intereses en otras series textuales, como la poesía medieval, la poesía renacentista y barroca o la obra contemporánea de Paul Claudel, “que habla de la humanidad no por el propio *ego*” (Spitzer 1960: 119), un desplazamiento hacia espacios no-yoicos, diferentes del demarcado por la estilística que tiene, por ello mismo, fuertes implicancias teóricas.

René Wellek, en el texto introductorio a la edición póstuma de *Ideas clásica y cristiana de la armonía del mundo*, resume el proyecto de semántica histórica del crítico austriaco:

Spitzer siempre se concentra en las palabras cultas clave de nuestra civilización e investiga con toda libertad en la historia de la teología, la filosofía, la música, la literatura, las bellas artes, la ciencia y la superstición. Su “semántica histórica” no es simplemente lexicografía, ni siquiera etimología (aunque sí que especula sobre las derivaciones), sino más bien historia léxica inscrita en una historia general del pensamiento. De la palabra se estudia primordialmente su significado, su referencia en un contexto cultural que incluye el significado de otras

palabras etimológicamente emparentadas o en su campo conceptual (Wellek 2008: 6).

Con todo, mientras la semántica histórica del austriaco se orientaba cada vez más hacia las palabras “cultas” y a las tensiones históricas que las constituyen, el trabajo del dominicano operaba en el plano de lo menor: de la palabra cotidiana, del “castellano usual”, en el que encontraban las huellas de la historia, de las luchas, de los cruces de pueblos y culturas. Marcos Morínigo, que había nacido en Paraguay y era hablante del guaraní, recuerda el aspecto indigenista de Pedro Henríquez Ureña y repone sus dimensiones culturales, y en definitiva, políticas: “No una mecánica historia de palabras sino un capítulo de la vida espiritual de América” (Morínigo 1959: 113), de la que sería testimonio el volumen *Para la historia de los indigenismos*.

“El ideal de civilización no es la unificación completa de todos los hombres y de todos los países, sino la consideración de todas las diferencias dentro de una armonía”¹⁷, afirma Henríquez Ureña en un ensayo de 1922 publicado a partir de una conferencia dictada en la Universidad de Minnesota (“Relaciones de Estados Unidos y el Caribe” 2000: 380). En afirmaciones como estas, frecuentes y dispersas en las intervenciones de Henríquez Ureña, se insiste en un punto: el de la homogeneidad absoluta. En palabras de Raúl Antelo: “Henríquez Ureña percibe asimismo los riesgos de leer lo nuevo como construcción social homogeneizada” (Antelo 2000: 661).

9. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Juzgo improbable, aunque tal vez me equivoque (no hay que desdeñar en este punto el factor Severo Sarduy), que Roland Barthes haya leído alguna vez algún texto de Henríquez Ureña. Con todo, pueden hallarse en *El grado cero de la escritura*, de 1953, algunos trazos que lo conectan con el dominicano. La sección final del ensayo de Barthes se titula “La utopía del lenguaje”. Las últimas palabras pueden ser leídas como un “recurso” de los planteos del dominicano: el “desgarramiento de los lenguajes” y el “esfuerzo de querer superarlos” remiten a una lengua posible, un lenguaje “soñado” que anticipa un “nuevo mundo adánico donde el lenguaje ya

¹⁷ “Relaciones de Estados Unidos y el Caribe” en P. Henríquez Ureña (2000: 380).

no estaría alienado” (Barthes 2015: 64). Retomo la expresión barthesiana “nuevo mundo adánico”: la utopía a la que alude Barthes, es apertura de lo nuevo, de lo múltiple (se habla de “la multiplicidad de las escrituras”) cuyo trasfondo resuena en las imágenes adánicas del mundo nuevo o el *paradiso* lezamiano, que Henríquez Ureña había asediado antes que el cubano en *Las corrientes literarias de la América Hispánica*.

“No existe el ‘lenguaje hispanoamericano único’, leemos en la breve introducción de una de las dos grandes síntesis (la otra es *Las corrientes literarias en la América Hispánica*) en las que trabaja en su última etapa vital: la *Historia de la cultura en la América Hispánica* (publicado en México por Fondo de Cultura Económica en 1947). Las dos páginas que forman esa introducción son un resumen perfecto de los planteos que Henríquez Ureña venía sosteniendo desde la publicación del artículo de 1921 que hoy estamos recordando. El gesto discursivo de sintetizar los escritos sobre el español de América y de fundar en esa síntesis el proyecto de las corrientes y de la historia permite pensar hasta qué punto las reflexiones filológicas del dominicano están en la base de una elaboración sobre la cultura de América Latina (una designación con la que por cierto Henríquez Ureña no se sentiría cómodo).

En pleno “giro filológico” argentino, en su proyecto de manual sobre cuestiones filológicas al que nos hemos referido, escribía Henríquez Ureña que

Y fuera de los círculos donde la expresión es motivo de atención vigilante, en boca de la masa, el idioma fluctúa y varía hasta el infinito. Sus variaciones son de toda especie; se prolongan y crecen en el tiempo y en el espacio hasta el punto que comienza a decirse que hay “dialecto” y continúan hasta el momento en que se dice que hay “otro idioma” (Henríquez Ureña 2003: 114).

En un artículo célebre, Mary Louise Pratt leía el concepto saussureano de *langue* y, en consecuencia, el proyecto de la lingüística moderna que de él se desprende, como una “utopía lingüística” que remite a una imagen de comunidad imaginaria “moderna, discreta, soberana, fraternal” (Pratt 1989: 59). Sospecho que Henríquez Ureña sentiría afinidad con los adjetivos propuestos con evidente distancia por Pratt, aunque su visión de la lengua distaba de la homogeneidad buscada por el sabio de Ginebra. Era enfatizando en cambio el idioma como entidad *fluctuante* y en *variación* continua como el dominicano escuchaba las voces de una utopía de América como espacio de confluencia, de armonía de los mundos, de “potencialidad” afectiva.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. TEXTOS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA CITADOS EN EL ARTÍCULO

- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO. 1928. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Babel.
- _____. 1932. *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*. Buenos Aires: Instituto de Filología.
- _____. 1938. *Para la historia de los indigenismos*. Buenos Aires: Instituto de Filología.
- _____. 1940. *El español en Santo Domingo*. Buenos Aires: Instituto de Filología.
- _____. 1947. *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1960. *Ariel*. En Pedro Henríquez Ureña *Obra crítica*. Ed. de Emma Speratti Piñero. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1976. *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- _____. 2000. Raza y cultura hispánica / Relaciones de Estados Unidos y el Caribe. En José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (eds.) *Ensayos*, pp. 319-325, 377-380, Buenos Aires: Alca XX/Editorial Sudamericana.
- _____. 2003. La lengua en Santo Domingo. Rectificación a Meyer Lübke / En defensa de la *Revista de Filología Española* / El lenguaje. En Irene Pérez Guerra (ed.) *Estudios lingüísticos y filológicos*, pp. 49-51, 57-59, 105-116. Santo Domingo: Editora Nacional.

2. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ANTELO, RAÚL. 2000. Henríquez Ureña, comparatista. En José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (editores). *Pedro Henríquez Ureña. Ensayos*, pp. 647-670. Buenos Aires: Alca XX/Editorial Sudamericana.
- APTER, EMILY. 2006. *Translatio globale*. L'invention de la littérature comparée, Istanbul 1933. *Littérature* 144(4): 25-55.
- ARNOUX, ELVIRA NARVAJA DE. 2000. La Glotopolítica: transformaciones de un campo disciplinario. En VVAA. *Lenguajes: teorías y prácticas*, pp. 95-109. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Educación.
- _____. 2001. Disciplinar desde la lengua. La *Gramática Castellana* de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña. En Elvira Narvaja de Arnoux y Ángela Di Tullio. *Homenaje a Ofelia Kovacci*, pp. 53-76. Buenos Aires: Eudeba.
- BARCIA, PEDRO LUIS. 2006. *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*. Santo Domingo: Ferilibro.
- BARTHES, ROLAND. 2015. *El grado cero de la escritura y Nuevos ensayos críticos*. México: Siglo XXI.
- BENTIVEGNA, DIEGO. 2011. *El poder de la letra. Literatura y domesticación en la Argentina*. La Plata: UNIPÉ.
- BENTIVEGNA, DIEGO. 2019. Leopoldo Lugones: etimología y poder. Antecedencias y precedencias en *La Nación* (1923-1925). *Olivar* 19(29): 1-23.
- BORGES, JORGE LUIS. 1960. Las alarmas del doctor Américo Castro. En Jorge Luis Borges. *Otras inquisiciones*, pp. 31-35. Buenos Aires: Emecé.
- CARILLA, EMILIO. 1988. *Pedro Henríquez Ureña. Signo de América*. Santo Domingo: Organización de los Estados Americanos, Universidad Internacional Pedro Henríquez Ureña.

- DARÍO, RUBÉN. 1905. *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*. Madrid: s.n.
- DEL VALLE, JOSÉ (ED.). 2015. *Historia política del español. La creación de una lengua*. Madrid: Aluvión.
- ENNIS, JUAN Y STEPAHN PFÄNDER. 2010. *Lo criollo en cuestión. Filología e historia*. Buenos Aires: Katatay.
- ESPOSITO, ROBERTO. 2005. *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GONZÁLEZ ECHAVARRÍA, ROBERTO. 2004. *Alejo Carpentier: el peregrino en su patria*. Madrid: Gredos.
- GRAMSCI, ANTONIO. 1981. *Cuadernos de la cárcel*. México: Era.
- GUITARTE, GUILLERMO. 1965. Bosquejo histórico de la filología hispanoamericana. En VVAA. *El simposio de Cartagena, agosto de 1963: informes y comunicaciones*, pp. 230-244. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- HAMACHER, WERNER. 2011. *95 tesis sobre la filología*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- LINK, DANIEL. 2015. *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LUGONES, LEOPOLDO. 1944. *Diccionario etimológico del castellano usual*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- MONDRAGÓN, RAFAEL. 2010. Al margen de Henríquez Ureña. Sobre 'voz', 'cuerpo' y 'herencia' en el filosofar de Nuestra América. *Andamios. Revista de Investigación Social* 7(13): 259-290.
- MORÍNIGO, MARCOS. 1959. Pedro Henríquez Ureña y la lingüística indigenista. En Marcos Morínigo. *Programa de filología hispánica*, pp. 107-114. Buenos Aires: Nova.
- OLENDER, MAURICE. 2015. *Las lenguas del paraíso*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ORTIZ, FERNANDO. 2002. Los factores humanos de la cubanidad. En Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.) *Ensayo cubano del siglo XX*, pp. 74-99. México: Fondo de Cultura Económica.
- PRATT, MARIE LOUSIE. 1989. Utopías lingüísticas. En VVAA. *Lingüística de la escritura*, pp. 57-74. Madrid: Visor.
- SPITZER, LEO. 1955. *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos.
- _____. 1960. Sviluppo di un metodo. *Cultura Neolatina* 20: 109-128.
- TOSCANO Y GARCÍA, GUILLERMO. 2009. Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1920-1926). *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana* 13: 113-135.
- VALDEZ, JUAN. 2018. *En busca de la identidad. La obra de Pedro Henríquez Ureña*. Buenos Aires: Katatay.
- WEINBERG, LILIANA. 2015. *Seis ensayos en busca de Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo: Editora Nacional.
- WELLEK, RENÉ. 2008. Prefacio. En Leo Spitzer. *Ideas clásica y cristiana de la armonía del mundo*, pp. 5-10. Madrid: Abada.